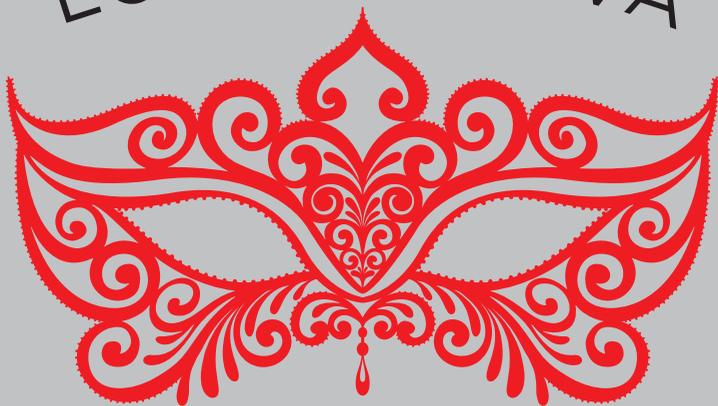


LOLA P. NIEVA



Consecuencias  
de retar a  
un conde



*Consecuencias de retar  
a un conde*

Lola P. Nieva

Esencia/Planeta

© Lola P. Nieva, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño  
© Imagen de la cubierta: Xenia y SCH / Shutterstock  
© Tipografía del título: Inés Señas  
© Ilustración de los capítulos: Shutterstock  
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: enero de 2022  
ISBN: 978-84-08-25048-7  
Depósito legal: B. 107-2022  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos, ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Acto 1  
El debut



*South Kensington, Londres, 1818*

Rose, Margot, Lily y Alice ensayaban sus respectivos papeles para la primera fiesta de sociedad de la temporada.

Se alojaban en la mansión de los Hutton, en Holland Park, y esa noche sería su debut en el mercado casadero.

—Por Cristo bendito, mi vestido es un sueño —se lamentó Alice.

—Si interpretas bien tu papel, te aseguro que nadie se fijará en él —afirmó Rose.

Repasó sus notas y arrugó concentrada el ceño.

—Bien, según el tratado, todos los trastornos se acentúan cuando el sujeto es sometido a presión. ¿Y qué puede suponer más presión para una joven que su presentación en sociedad como si fuera un trozo de carne envuelto en muselinas?

—Creo que somos las únicas cuatro damas de todo Londres que no ansían cazar un esposo —porfió Margot con diversión.

—Tenlo por seguro —aseveró Rose—; si pudieran matarse entre ellas para eliminar rivales, lo harían.

—Ya acuchillan reputaciones, que para el caso es lo mismo —apuntó Margot.

—¿Cuál era mi trastorno? —preguntó Lily.

Las tres la miraron consternadas.

—¿Te refieres al fingido? —bromeó Margot.

Lily le sacó la lengua.

—Por Dios, Liliam —la reprendió Rose—, no puedo creer que a estas alturas no sepas que tienes que disparar insultos a discreción. Por cierto, como dudo que se te ocurran sobre la marcha, te he apuntado unos cuantos.

Le pasó una nota doblada.

Lily la abrió y se ruborizó mientras la leía:

—«Bastardo, crápula, mezquino, ruin, zafio, alfeñique, petime-tre, arpía, víbora, casquivana, adúltera...». Ah, no, este no, que aquí puedo acertar y me metería en un buen lío.

Las tres amigas estallaron en carcajadas.

—Al menos no te retarán en duelo. Y no olvides acompañar el insulto con un espasmo muscular.

—¡Quiero otro trastorno, me ha tocado el más difícil! —gruñó.

—Ya no hay tiempo. A ver, Margot, ¿has ensayado el tuyo?

—Po-po-po-poorrr... su-suuuu-suuuu-pu-pu-pueees-to.

Rose puso los ojos en blanco, pero sonrió conforme.

—Oye —intervino Alice—, ¿y el mío solo es estornudar?

—Así es.

Ella frunció el ceño pensativa.

—Pero la gente creerá que solo estoy resfriada, dudo que me descarten por eso.

Rose inspiró hondo y sacó el tratado de la bandolera que siempre solía llevar encima.

—He leído este libro, *Tratado médico-filosófico de la alienación mental*, con mucha atención; lo trajo mi padre de uno de sus viajes a París. Su autor, Philippe Pinel, es un renombrado médico francés especializado en trastornos mentales. En este tratado clasifica las vesanias en varios grupos: melancolía simple, manías, demencia e idiocia. He escogido las manías. Y en esa categoría de enfermedades nerviosas se incluye la tuya. En efecto, al principio puede confundirse con un simple resfriado, pero al manifestarse solo en determinados momentos, como una situa-

ción embarazosa o un estado nervioso, se considera un síntoma de alienación.

Alice emitió un conmocionado gemido ante la ocurrencia que acababa de tener y abrió los ojos con desmesura.

—Pero ¿y si terminan encerrándonos en un frenopático?

—No os preocupéis por eso, las manías nerviosas puntuales no requieren ingreso, tan solo una vida plácida y evitar contrariar al enfermo. No me digáis que no es absolutamente perfecto.

Margot compuso un gesto circunspecto y pareció sumirse en un estado reflexivo teñido de marcada incredulidad.

—Tu plan tiene cabos sueltos —concluyó.

—Lo sé —admitió Rose—, y he pensado mucho sobre ello. ¿Qué probabilidad hay de que cuatro amigas estén aquejadas de tan extraños trastornos justo en los eventos sociales?

—Exacto.

—Y tengo la respuesta —adujo con suficiencia—. Las cuatro adolecemos de miedo social. La presión de nuestras familias, nuestros miedos compartidos a no cumplir las expectativas. Nuestro vínculo de amistad juega a nuestro favor, puesto que cada una de nosotras ha cultivado ese miedo en las otras, además de en sí misma. Pero lo que nos eximirá de toda sospecha será que a nadie se le ocurrirá que podamos ser tan endiabladamente ingeniosas. ¿Quién puede pensar que a una dama le interesan los tratados mentales? Lo complejo de nuestro plan es la clave de nuestra inocencia.

—Eres maquiavélica, Rose, y te adoro por eso —manifestó Margot—, y entiendo que como el plan se te ha ocurrido a ti hayas elegido el trastorno más sencillo.

Rose chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Tan sencillo como arriesgado: fingir traspies continuos pone en riesgo mi integridad física.

—Y la de los demás —resaltó Margot arqueando divertida una ceja.

—Es nuestra primera temporada, señoritas, que empiecen los juegos...

Las cuatro unieron sus manos, afianzando el pacto.

—¿Y si aparece Cupido? —preguntó Alice.

—En tal caso, ¿qué mejor prueba para su flecha que resistir tus estornudos?

\* \* \*

El ama Florence la inspeccionó con ojo crítico. Ella era la única persona ajena a la hermandad que conocía los planes de boicot ideados por Rose.

—Mucho tendrás que tropezar para quitarte a los pretendientes de encima.

Rose se miró al espejo y resopló contrariada.

—Has heredado la belleza de tu madre, muchacha, y sus pronunciadas curvas, y ese vestido deja poco a la imaginación.

Observó adusta el vestido de seda blanco con bordados en plata que se ceñía a su figura y maldijo entre dientes. A pesar de ser de corte recto, la cinta gris bajo el pecho resaltaba la opulenta turgencia de sus senos.

—Tráeme el chal gris de tafetán.

—La etiqueta de noche lo desaconseja. El protocolo dice que se debe mostrar escote y la parte superior de los brazos y...

—Me es indiferente lo que diga el protocolo —interrumpió impaciente.

Florence se encogió de hombros y comenzó a rebuscar en el armario el chal indicado. Se lo entregó y se cruzó de brazos, observando divertida sus fútiles esfuerzos por ocultar sus dones.

Tras acomodarlo de diferentes maneras, optó por cruzarlo sobre el pecho asegurándolo con un broche.

—¿De veras crees que cubriéndote el escote no van a reparar en ti? ¿Tienes pensado algo para el rostro?

—Habrá muchas jóvenes bonitas, no creo que yo resalte entre el resto.

El ama arqueó una ceja y esbozó una sonrisa burlona.

—Y tanto que resaltas.

—¡Por Dios, Florence, no me pongas más nerviosa de lo que ya estoy!

Gruñó y se dirigió al pequeño escritorio que adornaba un rincón junto al ventanal. Se detuvo pensativa y chasqueó la lengua triunfal al reparar en las barras de lacre escarlata. Acercó una a la llama de una vela y depositó un trozo de papel encerado debajo. La cera se derritió derramándose en el pliego en una mancha irregular. Sopló para enfriarlo rápidamente y se lo llevó al tocador.

—¿Puedo saber qué nueva diablura se te ha ocurrido?

—Estás a punto de verlo.

Rose cogió el frasco de goma laca, vertió unas gotas en la cera ya enfriada y se la adhirió a la mejilla izquierda, aplicando suaves toquecitos.

—¡Santo Dios! —exclamó Florence espantada.

—¿Qué te parece? —preguntó la joven con una sonrisa triunfal.

—Una abominación.

—No sé qué haría sin ti —murmuró agradecida, obviando el gesto descompuesto de su ama. Se observó con más atención y frunció el ceño—. Quizá si lo matizo con polvo de arroz quede más natural.

—¿Natural? Nada de lo que haces lo es.

—Bueno, si me dejaran elegir mi vida, no tendría que utilizar tanto artificio.

—Pero, muchacha, ¿qué hay de malo en casarse y formar una familia?

—Nada, si es lo que se quiere. Mi idea de la felicidad se reduce a leer, escribir y a hacer lo que me plazca con el dinero de mi dote. No soy un artículo en venta.

—Eres la única hija del conde de Dorchester: si no te casas, el título pasará a tu primo Samuel, y el linaje de tu padre se perderá para siempre.

—No voy a sacrificarme por un linaje, ya lo hizo mi madre.

—¿He de recordarte que tu padre es tan terco como tú? Terminará obligándote a tomar un esposo.

—Que lo intente —profirió Rose, remarcando cada letra con el profundo resentimiento que sentía hacia él.

La veta de rebeldía de la joven reverberó iluminando la fiera determinación de su rostro. Florence supo que nada la detendría. Como supo que su plan no sería tan fácil de ejecutar ni tan efectivo como ella pretendía. Pero lo que más la preocupaba era que subestimara a su padre. El conde era un hombre de carácter rudo y alma oscura.

\* \* \*

—¿Qué demonios...?

Margot la miraba boquiabierta.

—Deberías haberte quedado tú con el trastorno de los insultos —musitó Rose con ligereza.

Alice y Lily se apiñaron en torno a ellas con el rostro desencajado.

—¡Por Cristo bendito! ¿Qué te has hecho? —preguntó Alice llevándose la mano al pecho.

—Solo es cera —explicó Rose.

—Con eso en la cara no necesitas trastorno —remarcó Alice.

—No, su trastorno es innato —ironizó Margot—. Tienes suerte de que te presente tu primo Samuel, hace mucho que no te ve.

Aguardando su flamante entrada en el gran salón, junto a todo un ramillete de encopetadas jovencitas tan ilusionadas como nerviosas, Rose cerró los ojos y pensó en su madre, reforzando su decisión.

Las notas de los violines y el rumor de voces se filtraban armónicos bailando en el ambiente, rebotando en las paredes revestidas de paneles de roble de aquel amplio pasillo, en los regios cuadros que las adornaban, cascabeleando en torno a los candelabros y cimbreado el corazón de las debutantes.

Esa noche era el gran baile de presentación en sociedad en Londres. Tras la presentación más formal días atrás en la corte de St. James ante la reina, aquella era la primera toma de contacto con

posibles pretendientes. El evento se trasladaría al día siguiente a la mansión de campo de los Fitzwilliam en Wentworth Woodhouse, en South Yorkshire.

Su primo Samuel apareció acompañado de uno de sus más fieles amigos, lord Albert Shaw. Cuando reparó en ella, su gesto altivo se desfiguró.

—¿Rosalyn? —preguntó sin ocultar la esperanza de que no fuera ella.

—Hola, Samuel.

Su mirada oscura se clavó en la llamativa mancha de su mejilla.

—Por Dios, muchacha, no deberías aparecer en público hasta que esa... herida haya sanado, y menos en un día como hoy.

—No es una herida —puntualizó Rose—. He amanecido con esta rojez extraña; el médico ha dicho que son los nervios, pero que desaparecerá en unos días.

—¿Rojez? —masculló lord Albert—. Si parece la fuente del ponche.

Se llevó la mano enguantada a la boca riendo su propia mofa.

—Al menos mi tara desaparecerá, otros no pueden decir lo mismo —escupió ella mordaz.

La mirada furiosa del hombre la fulminó.

—Dudo que en tu caso desaparezca la insolencia —replicó ofendido.

—Has herido sus sentimientos, Albert —intervino Samuel con pomposa condescendencia—, es su primer baile y debes entender que esté alterada, su futuro está en juego. No olvides que si no logra desposarse yo heredaré el título y todo lo que conlleva.

Rose inspiró hondo y forzó una sonrisa conciliadora. Lord Albert inclinó la cabeza a modo de disculpa.

Las puertas se abrieron y las jóvenes debutantes avanzaron hacia el umbral del brazo de sus acompañantes.

Samuel le ofreció el suyo a Rose, aguardando su turno.

—¿Qué sería de mí si no encontrara esposo? —preguntó tanteando a su primo.

La miró con petulante suficiencia y sonrió relamido.

—Pues que tendrías que vivir de mi caridad, pero no debes temer nada: soy un hombre piadoso.

—Mientras mi padre esté vivo, tu caridad está a salvo —recordó. Samuel negó lentamente con la cabeza, regodeándose en ese gesto.

—¿No te ha llegado el documento? Fue redactado por el abogado de la familia antes del comienzo de la temporada.

—¿De qué documento hablas?

—Tienes solo una temporada para conseguir esposo y un año para quedarte encinta. Si transcurrido el tiempo estipulado no cumples los requisitos, tu padre renunciará al título para irse a vivir a las Indias Occidentales y me designará heredero de pleno derecho.

Rose sintió tal punzada de odio hacia su padre que se estremeció. Las mejillas se le encendieron, fiel reflejo de la bola de fuego que empezaba a gestarse en su estómago.

Cuando logró mirar a su primo, su expresión triunfal y arrogante alimentó peligrosamente su ira. Precisó de un tenso instante para controlar el impulso de abofetearlo. Cerró los ojos y reguló su respiración. Logró aplacar la furia contenida y compuso un gesto imperturbable.

—Con algo de suerte, no necesitaré tu caridad —pronunció con un tono libre de matices.

El lacayo que custodiaba la entrada les hizo señas para avisarlos. Inclino la cabeza hacia el listado que tenía en la mano y los anunció.

—Lady Rosalyn Domer, hija del conde de Dorchester, y su primo Samuel, barón de Burlington.

El concurrido salón enmudeció al verla. Las damas emitieron una exclamación sofocada y acto seguido ocultaron sus cuchicheos tras el conveniente abanico. Los caballeros de más edad la miraron con cierta conmiseración y los jóvenes, con mal disimulado espanto.

Cuando se acercaron al primer grupo de invitados le resultó gracioso el esfuerzo que hacían por no mirar la mancha de su me-

jilla. Solo una dama de más edad se encajó un elegante monóculo en su ojo derecho para examinarla con más detenimiento.

—Querida, dime que esa horrible mancha que luces hoy es temporal. Sería una pena que eclipsara tanta belleza, ¿no te parece, Edmond?

Otro caballero sexagenario carraspeó y asintió más para complacerla que porque compartiera su opinión.

—Sin duda, querida.

—Es producto de los nervios —explicó Rose fingiendo una dulce inocencia.

La mujer dibujó una sonrisa aliviada y la miró con aprobación y un tinte pícaro que la intrigó.

Se acercó a ella y le susurró:

—Te echaré una mano, muchacha, no me atrevo ni a imaginar la angustia que estarás sintiendo. Por cierto, soy lady Evelyn Manfred.

—Un placer conocerla, lady Evelyn, pero no se apure por mí, es mi primera temporada.

Tras recorrer varios grupos, Rose buscó a sus amigas con la mirada.

La fastuosidad que la rodeaba no solo impregnaba la decoración del salón, las vestimentas o las joyas que engalanaban a las asistentes, también los gestos, las miradas y la altanería. Cada barbilla alzada, cada porte envarado, cada talante regio rezumaba ese rancio clasismo de la superioridad más intrínseca de la nobleza. Se sabían privilegiados, superiores, poderosos, a pesar de que, gracias a la reciente Revolución francesa o, mejor dicho, por temor a ella, las clases altas inglesas habían decidido camuflarse con ropajes y peinados de corte más sencillo, dando la impresión de que repudiaban la opulencia de épocas pasadas. La realidad permanecía latente y no tan oculta en pensamientos, a su parecer, retrógrados. El hecho de abrazar la sencillez exterior no cambiaba la desigualdad de una sociedad regida por el azar del linaje. En realidad, no era más que una moda plagiada de los liberales franceses.

Napoleón había puesto de moda la influencia de los antiguos clásicos, de civilizaciones más sabias con mentalidad más abierta,

como lo fue la griega o la romana en un claro ardid populista para ganarse el favor de la gente. Su única ambición, como el resto de los líderes, era gobernar en el totalitarismo, amasar poder y fortuna; para ello debía hacer creer al pueblo que era como ellos, que los entendía y que lucharía por las necesidades de la plebe. En lugar de usar la tiranía de la fuerza con la plebe, había usado la artimaña del engaño.

Rose suspiró inmersa en sus pensamientos, mientras continuaba absorta en la contemplación de su alrededor.

Todo eran falsas apariencias. Bajo la superficie, el núcleo permanecía igual de inalterable. Aquellas gentes, ella misma, gozaban de una vida privilegiada adquirida por derecho de sangre.

Lo único que la diferenciaba del resto era tener plena conciencia de ello.